

más los panes y se los dejase coger con paz y sosiego; y de allí adelante no había días señalados para el maíz ni para el demonio del agua, que tanto les costaba.

## CAPITULO XIII

En las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, como sacrificaban muchos hombres vistiendo sus cueros con los cuales hacían varias representaciones.

En las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, como sacrificaban muchos hombres vistiendo sus cueros con los cuales hacían varias representaciones.

Tenían por dios al fuego, como lo tuvieron los nuestros antiguos gentiles, y celebraban su fiesta en un día llamado Xocotlhuēci; esta fiesta más solemnemente se celebraba en unos pueblos que en otros, así como en Tlacaba, Cuyobacan y Aucapualco.

## CAPITULO XIII

*De las fiestas y sacrificios que los indios de la Nueva España hacían al fuego, al cual sacrificaban muchos hombres, vistiendo sus cueros, con los cuales hacían varias representaciones.*

Eran crueles los sacrificios que hacían estas gentes en sus fiestas, y muy apoderados estaban los demonios de ellos; pero si lo pasado pone admiración, no será menor la que causará lo que queda.

Tenían por dios al fuego, como lo tuvieron los nuestros antiguos gentiles, y celebraban su fiesta en un día llamado Xocotlhuēci; esta fiesta más solemnemente se celebraba en unos pueblos que en otros, así como en Tlacaba, Cuyobacan y Aucapualco.

La solemnidad se comenzaba desta manera: Levantaban un palo rollizo de diez brazos en alto y hacian un ídolo de semillas, y envolvíanlo, y atábanlo con papeles, y poníanlo encima de aquel palo; en la vigilia de la fiesta levantaban el ídolo, y otro dia todo bailaban sin cesar alrededor dél.

Este dia por la mañana tomaban algunos esclavos y otros de los cautivos en guerra, y traíanlos atados de piés y de manos, los cuales echaban en un grande fuego que para este sacrificio tenian aparejado.

Echados en el fuego, antes que fuesen medio quemados, los volvian á sacar y poníanlos de espaldas en aquella piedra que dije que estaba junto al altar y sacábanles los corazones, y con esto se remataba el sacrificio.

A la tarde desta fiesta, derribaban el palo en tierra, y todos los que podian trabajaban de haber una poquita de masa de las semillas de lo que se habia formado el ídolo; porque tenían por cierto que los haria en las guerras muy esforzados.

Otro dia adelante, llamado Izcalli (el qual también era dedicado al dios del fuego), tomaban uno de los cautivos habidos en la guerra, y vestíanlo de las ropas del dios del fuego (por-

que todos aquellos ídolos andaban vestidos) y luego todo el pueblo bailaba delante del ídolo con el mismo esclavo, y después de hartos de bailar le sacrificaban, y luego mataban otros hombres que estaban diputados para esto.

En un pueblo cerca de México llamado Quaulititlan, se hacia un sacrificio al fuego muy espantable, y era desta manera:

La vigilia de aquella fiesta levantaban seis grandes árboles, como mástiles de navios, con sus escaleras, y en esta vigilia degollaban dos mujeres en lo alto de las gradas delante del altar, y allí las desollaban con el rostro y lo demás, y sacábanles las canillas de los muslos. El otro dia dos indios principales por la mañana se vestian aquellos cueros; de manera que el rostro de la mujer servia de máscara; vestidos así, tomaba cada uno la canilla del muslo de la mujer, y muy paso á paso se bajaban por las gradas bramando que parecian bestias encarnizadas.

Estaba abajo infinito pueblo todo temblando, y como asombrado, y decian á voces: «¡Ya bajan nuestros dioses! ¡Ya vienen nuestros dioses!»

Llegados aquellos dos con sus libreas, comenzaban luego á tañer sus atabales, y ponian

en las espaldas de aquellos mucho papel cosido en forma de alas, y pegábanles sendas codornices muertas á los brazos, y desta manera comenzaban á bailar, y luego el pueblo ofrecia delante dellos sus ofrendas, que eran codornices, y destas eran tantas, que muchos años llegaban á más de ocho mil, y así estaban los suelos llenos dellas; pero ninguno tocaba en ellas, porque era mantenimiento de los sacerdotes y ministros del templo y de los señores principales.

Estas codornices eran cogidas después de medio dia, porque no se podia hacer antes esto.

Aquellos que andaban vestidos con los cueros de las mujeres gastaban el resto del dia en bailar.

En Tlaxcalla, por reverencia del fuego, cada dia del primero del mes desollaban dos mujeres después de sacrificadas, y vestíanse los cueros dellas dos mancebos sacerdotes, que fuesen buenos corredores, y así vestidos andaban por el patio del templo y por el pueblo corriendo tras los señores para quitarles las ropas ricas que aquel dia por fiesta se vestian, y si alcanzaban al señor, quitábanle el vestido, porque era privilegio de ellos en aquella fiesta.

Otro sacrificio se celebraba ese mismo dia al dicho fuego, cruellísimo, y era este:

En aquellos seis palos que dije que se ponian la vigilia de la fiesta, ponian seis cautivos habidos en guerra, y estaban á la mira pasados de dos mil hombres y muchachos, todos con sus arcos y flechas, los cuales, luego que se bajaban los ministros que los habian aspado y atado, les comenzaban á tirar tantas saetas que los dejaban hechos unos erizos, y medio muertos dejábanlos caer de aquella altura en el suelo, y del gran golpe que daban se quebrantaban los huesos.

Después desto, sacábanles los corazones y sacrificábanlos, y arrastrándolos, los sacaban del templo, y al cabo los degollaban, y eran las cabezas de los sacerdotes y los cuerpos de los señores principales.

Miremos, pues, los cristianos cuán cruel enemigo del linaje humano es el demonio, que tenía por regocijo y alegría que los hombres hechos á semejanza de Dios, fuesen tan maltratados; ninguno otro, salvo el demonio, pudo inventar tan crueles tormentos.

Celebrábase esta fiesta del fuego en aquella ciudad de Quahutitlan, de cuatro en cuatro años.

En otras partes se hacían al fuego grandes fiestas y muy solemnes, sacrificando hombres y otras cosas; de manera que ningún pueblo dejaba de hacer fiesta al fuego, aunque unos por no ser tan ricos como otros, no podían hacer tan suntuosos sacrificios.

## CAPITULO XIV

De los sacrificios, penitencia y fiestas que hacían los indios de Tlascala á sus dioses; del sacrificio que hacían en partirse sus propias lenguas.

Entre las otras provincias de la Nueva España, hay una que llaman de Tlascala, el cual nombre toma de una ciudad que se llama así; esta provincia, aunque en lo general correspondía con todo el resto de aquel extendido reino, todavía en cosas particulares tenía alguna diferencia, principalmente en las cosas de la religión y sacrificios, y porque son notables y dignos

Entre las otras provincias de la Nueva España, hay una que llaman de Tlascala, el cual nombre toma de una ciudad que se llama así; esta provincia, aunque en lo general correspondía con todo el resto de aquel extendido reino, todavía en cosas particulares tenía alguna diferencia, principalmente en las cosas de la religión y sacrificios, y porque son notables y dignos

## CAPITULO XIV

*De los sacrificios, penitencia y fiestas que hacían los indios de Tlascala á sus dioses; del sacrificio que hacían en partirse sus propias lenguas.*

Entre las otras provincias de la Nueva España, hay una que llaman de Tlascala, el cual nombre toma de una ciudad que se llama así; esta provincia, aunque en lo general correspondía con todo el resto de aquel extendido reino, todavía en cosas particulares tenía alguna diferencia, principalmente en las cosas de la religión y sacrificios, y porque son notables y dignos

nas de memoria, quiero particularmente hablar dellas.

Digo, pues, que los de Tlascala, entre otras fiestas que tenían, era una, en el principio del mes de Marzo, la cual se hacía á su mayor dios, llamado Camaxtl, y esta era de cuatro en cuatro años, y la más solemne fiesta de todas.

Llamábase este día en su lengua Teuxiuitl, que quiere decir, año de Dios.

Para disposición desta gran pascua, hacían una áspera é inaudita penitencia, y era desta manera:

Llegado el principio del cuarto año que se había de celebrar la fiesta, entraban los sacerdotes en capítulo, y tratábase del aparejo que se había de hacer, y cómo convenía que se publicase al pueblo, y que todos, como ministros, procurasen de dar ejemplo á los demás, y así tocaban otras cosas tocantes á este punto.

Hecho esto entre sí, un día que se juntaba todo el pueblo, levantábase el más viejo de los sacerdotes, y puesto en lugar adonde pudiese ser oído de la multitud, comenzaba á exhortar á todos á que se aparejasen para la fiesta que esperaban, y decía á los sacerdotes y ministros del templo:

—Hijos míos, ya es llegado el año de nuestro

dios y señor, esforzáos á le servir y haced penitencia, y el que se hallare flaco y sin espíritu sálgase de aquí dentro de cinco días, y si se saliere á los diez días después de comenzada la penitencia, este tal era tenido por malo y no de la casa de dios y de la compañía de los que le sirven, y será privado del oficio, y tomarle han cuanto tuviere en su casa.

Y llegado el quinto día levantábase el mismo viejo, que se llamaba Achacahutli (que en nuestra lengua quiere decir hermano mayor) y decía:—¿Están aquí todos?

Y respondían los que estaban por los ausentes, aunque pocas veces faltaban.

Y volviéndolos á exhortar luego, sin hablar más, se iban á una grande y encumbrada sierra que está cuatro leguas de la ciudad, y antes que llegasen á lo alto, quedábanse todos orando y el viejo, que debía de ser como obispo, subía á lo alto del monte, adonde había un templo de la diosa que llamaban Matalcueye, y allí ofrecía ciertas piedras de linaje de esmeraldas, que ellos tenían por muy preciosas, llamadas en su lengua Chalchiuitl; ofrecían también plumas verdes muy grandes, que llamaban Queçalli, las cuales son tenidas en mucho por todos los de la tierra.

También ofrecían muchas plegarias y oraciones á su dios Camaxtle, que era el señor y dios principal de Tlascala, y á la diosa Matlalcueye, que les diese fuerzas y ánimo para comenzar el tiempo de su ayuno, y acabarlo con salud, hecha verdadera penitencia.

Cumplida aquel sacerdote su oración, bajaba al lugar adonde dejó sus compañeros y después volvíanse juntos á la ciudad.

Hecha esta primera ceremonia, luego venían los menores sacerdotes, que servían los templos de la provincia, los cuales traían muchos haces de palos, tan largos como el brazo y tan gruesos como la muñeca, y poníanlos en el principal templo del dios Camaxtle, á los cuales daban después muy bien de comer.

Venían después los maestros que labran y sacan las navajas é iban á las venas de las piedras donde las sacan y cortaban muchas y traíanlas al mismo templo, y porque eran de mayor reverencia, no las ponían en el suelo desnudo, mas tendida una manta las echaban sobre ella.

Puesto el sol aquel día, comenzaban cuatro sacerdotes á cantar loores á las navajas, las cuales ya ellos tenían ordenadas para aquel menester.

Tañían también atabales, y desde á poco cesaban los atabales y volvían á entrar otros cantos muy tristes, y lloraban.

Hecho esto, venía un gran maestro y muy diestro, y tomaba de aquellas navajas y abría la lengua de cada uno de aquellos sacerdotes y hacía un grandísimo agujero; después de sufrido este tormento, tomaban ellos otro mayor con sus propias manos, y era: que aquellos palos que traían los sacerdotes forasteros, ciertos carpinteros los adelgazaban pulidamente, y esto después de ayunado cinco días y puestos por orden aquellos palos, aquel sacerdote anciano tomaba cuatrocientos y cinco palos y metíalos y sacábalos por aquel agujero que le habían hecho en la lengua, porque veáis el tormento cruel é invención del diablo, que no podía imaginar tal cosa otro que él.

Después, los demás, según su vejez, hacían lo mismo, pero ninguno llegaba á sacar y meter tantos palos como aquel mayoral, pero sacaban trescientos, y otros más mozos doscientos, y así cada uno hacia según el esfuerzo y ánimo que tenía.

Eran estos palos tan gordos como el dedo pulgar; este tormento padecían aquellos desventurados para aparejarse para el ayuno que

habían de hacer, y en la noche que comenzaba su cuaresma, digamos, hacían este sacrificio.

Tenían después de esto el ayuno, que era disposición de la gran pascua que llamaban Teuxihuit, que se interpreta del gran dios; duraba este ayuno ciento y setenta días.

Acabado el sacrificio de las lenguas, aquel sacerdote anciano comenzaba un canto á los dioses, y así con aquel cantar comenzaba el ayuno, y de veinte en veinte días volvían á sacar los palos por los agujeros de las lenguas.

Esto acaecía en los ochenta días del ayuno; después de llegado este tiempo, ponían en medio del patio del templo un pequeño ramo, por el cual denotaban que todos habían de comenzar el ayuno del dios Maotle, y duraba en común otros ochenta días antes de la pascua que con tan extraña devoción la esperaban; entonces llevaban todos los palos que habían metido y sacado por las lenguas, así ensangrentados como estaban, y ofrecíanlos al ídolo é hincaban diez ó doce varales de á cinco ó seis brazas de largo, de manera que pudiesen ser vistos los palos ensangrentados que colgaban en medio dellos.

Estos postreros ochenta días, todos los ayu-

naban, señores y vasallos, nobles y plebeyos, y hombres y mujeres, porque era común ayuno. En este ayuno era grande la abstinencia que se guardaba, porque no comían sino unas tortillas de maíz, que no eran mayores que una hostia con que decimos misa, y de grueso un dedo; no les era permitido comer Chilli ó Axi, que es esta pimienta que nosotros decimos de Indias.

No se bañaban en todo el tiempo del ayuno, lo cual les era mayor tormento que el no comer.

Absteníanse con gran rigor de llegar á sus mujeres todo el tiempo que duraba esta cuaresma.

No había de faltar fuego encendido en las casas de los señores y personas principales, ni de día ni de noche; y si acaso se moría el fuego, luego el señor de la casa mataba un esclavo y echábele la sangre sobre el brasero donde hacía el fuego.

En estos ochenta días, también de veinte en veinte días, metían unos palillos más delgados por las lenguas.

Cantaban los sacerdotes cuando desta manera se sacrificaban; ya en los últimos días de esta tan terrible penitencia, tornaba aquel sa-

cerdote más viejo á la sierra adonde fueron cuando comenzaron á se aparejar, y comenzaba á sacrificar papel, incienso y codornices, y no lo acompañaban más de cuatro ó cinco sacerdotes, los demás quedábanse en lo bajo.

También iba este sacerdote por todos los pueblos de la provincia, y entraba en casa de los señores poderosos y ricos, y pediales aginaldo, y en señal desto llevaban un ramo en la mano, y todos le daban muchas cosas de comer y mantas, y otras cosas ricas, pero no tomaba las cosas de comer por no quebrar el ayuno y lo demás se llevaba.

Cuatro ó cinco días antes de la pascua, ade rezaban los templos y las salas, y otros edificios, y emblanqueaban las paredes, y tres días antes pintábanse los sacerdotes, unos de negro y otros de blanco; también había quien se pintaba de azul, y de verde, y cada uno del color que quería; y detrás del templo bailaban de aquella manera todo el día.

Vestían la estatua del dios Camaxtle, la cual era de tres estados en alto, y tenían un ídolo pequeño, que decían haber venido con los viejos primeros que poblaron aquella tierra.

Este ponían junto á la gran estatua, y teníanle tanta reverencia y temor, que aunque

delante dél sacrificaban codornices, no osaban delante dél levantar los ojos á mirarlo; las vestiduras con que adornaban la estatua eran los ornamentos é insignias del dios de Cholola, que era gran dios en toda la tierra, y la causa era porque traían las tales vestiduras de allá.

Esto hacían porque aquel dios era hijo deste Camaxtle.

Esto mesmo hacían los de Tlascalá, que llevaban los vestidos de Camaxtle para su dios, cuando celebraban en Cholola su fiesta.

Estas vestiduras eran de muchas piezas, y cuando los ídolos se ataviaban era con muchas ceremonias, como cuando los obispos se visten de Pontifical.

Poníanle también una máscara labrada á la mosaíca, con muchas diferencias de piedras.

Después de vestido el ídolo, decían:

— Hoy sale Camaxtle como su hijo Queçalcouetl.

En la vigilia de la pascua comenzaban la ofrenda desta manera.

Lo primero le ponían al ídolo en el brazo izquierdo una rodela muy rica y hermosa, hecha de oro y pluma, y en la mano derecha una larga saeta, cuyo casquillo era de piedra de pederal, de la grandeza de un hierro de lanza.



Ofrecíanle mucha ropa de mantas muy ricas, y capas, que se llamaban en su lengua Xicoles, que no tenían capillas, que debían de ser como mantos de frailes Agustinos ó Franciscos,

También le daban unas ropas llamadas Tecu-xicolli; eran grandes, á manera de lobs, sino que eran abiertas por delante, y el ruedo muy labrado de algodón y Tochomitl, que es pelo de conejos, el cual hilado y tejido y teñido, era como seda.

Luego venia el sacrificio de las codornices, y conejos, culebras, langostas y mariposas.

También le daban flores diversas, y todo aquello que podía haber; toda la caza le ofrecían viva, y allí se la sacrificaban.

A la media noche venia uno de los ministros del templo vestido con las vestiduras del ídolo, y sacábales lumbre nueva, y luego sacrificaban uno de los hombres principales que estaban señalados para el sacrificio.

Este que mataban, decían ser hijo del Sol; después de haber sacrificado éste, comenzaba la ofrenda de los esclavos y presos en guerra, y allí los mataban como á bestias sin hablar palabra.

Mucho era el número de los que eran sacrificados en esta fiesta por respeto de que en cada

pueblo se hacia fiesta y no se hacia cumplidamente si no sacrificaban hombres.

Después de acabada la fiesta volvía cada uno á llevarse los esclavos muertos, para con ellos hacer banquetes y convites, porque tenían esta carne por tan consagrada, que comiendo della creían quedar santificados.

Acabado esto se acababa también la pascua, y su abstinencia y ayuno, y érales permitido comer de todo lo que tuviesen.

pero tenían otra de cuatro en cuatro años, muy más solemne que imitaba á las pasadas.

Llamaban este año, año de su dios Queçalcouatl.

Por ser esta fiesta muy grande, se hacía entre los sacerdotes otro ayuno muy áspero y terrible, y era desta manera:

El sacerdote mayor ayunaba ochenta dias, antes de la fiesta; los cuatro días primeros no comía ni bebía más que una tortilla de maíz, que no pesaba una onza y un poquillo de agua, en aquellos cuatro días oraba con gran devoción pidiendo á los dioses ayuda para poder llevar aquella penitencia, porque así pudiese mejor aparejarse á celebrar la fiesta que esperaban.

Este ayuno era muy extremado y diferente de los otros; el día que se comenzaba, iban todos los ministros y oficiales de los templos, que eran muchos, á las salas y aposentos que tenían en el templo, y á cada uno se le daba un incensario de barro y cierta cantidad de incienso y tizne y ciertas puntas agudas del árbol Maguey, y sentábanse por orden arrimados á la pared en aquellas salas, y nunca se levantaban si no era para proveer las necesidades naturales.

## CAPITULO XV

### *De la Pascua que celebraban los de la provincia de Cholola, y de su gran penitencia, con otras cosas que hacían otras provincias de Indias.*

Entre los mayores dioses que tenían en la Nueva España, y que era como patrón de todos, fué el ídolo de la ciudad de Cholola; á éste hacían una pascua cada año en el primero día de Mayo, en la cual le ofrecían flores y rosas y los sacerdotes se vestían de unas ropas largas hasta los piés, blancas, sembradas de flores y rosas, y los sacerdotes se vestían de unas diademas en las cabezas, y esta era fiesta suave y no costosa, porque no había sacrificios de hombres, ni derramamiento de sangre humana,

Sentados así habían de velar continuamente, y no podían en los setenta días dormir más que dos horas á la noche, y después, salido el sol, una, y esto era en la primera noche, en las demás no se les permitía dormir.

Todo el resto del día y noche gastaban en ofrecer incienso y perfumar á los dioses.

A la media noche se bañaban todos y lavaban, y después se tiznaban todos con el tizne continuamente, y por aquel espacio de días se sajaban y punzaban con aquellas puntas, y sacábanse mucha sangre, y aquella ofrecían á sus dioses.

Y la mayor provisión que tenían eran estas puntas, y así cuando se dormían, para quitarse el sueño, luego se punzaban, y era de tanta esencia el no dormirse, que los colaterales le punzaban, de manera que á su pesar despertaba; y el que era oprimido del sueño y no escarmentaba con las puntas, teníanle por tan infame, que todas las injurias y vituperios que sabían, le hacían, y así era habido como por infame; y á tanto llegaba la superstición desto, que creían que había de venir algún mal por su causa aquel año si se dormía y hacía con tibieza la penitencia.

No salían en aquellos sesenta días del tem-

plo, ni iban á su casa, y absteniense de llegar á sus mujeres.

Pasados los sesenta días de aquel rigor y penitencia, los veinte que quedaban no eran de tanto rigor, porque no derramaban tanta sangre, y dábanles lugar de dormir más, porque este era el supremo tormento que allí los atormentaba, y así salían después con los gestos malos y feos del trabajo del sueño.

Venida la fiesta, hacían grandes aparatos, porque vestían y componían al idolo de Queçalcoatl; poníanle ricas mantas y muchas joyas, piedras preciosas, y ofrecíanle muchas codornices, conejos y papel, y muchos sartales de mazorecas de maíz, que son las propias espigas de aquel trigo.

Tenía esta fiesta una cosa buena, y era: que no había sacrificios de hombres, ni derramaban tanta sangre humana matándolos; la causa era porque el dios Queçalcoatl, no lo permitía y él gobernando la tierra mandó que no sacrificasen hombres.

En otras ciudades acostumbraban otras nuevas maneras de religión y sacrificios, así como en Tehucán, Cuzcatán y Tentitlán; en estas ciudades usaban derramar mucha sangre y martirizarse con diversos tormentos.

En los días de fiesta se hacían unos agujeros en las orejas con unas navajas, y por ellos metían y sacaban una caña tan gruesa como un dedo y tan larga como una vara; y en las lenguas hacían otros agujeros, y por ellos metían ciertas pajas.

Otros, con las puntas del Maguey agudísimas, se agujereaban las orejas y lenguas, y toda esta sangre que derramaban era dedicada á sus dioses, y entendían hacer una grande ofrenda.

En estas ciudades se sacrificaban muchos más hombres que en otras partes, y la causa era que como eran fronteras de enemigos, en escaramuzas, y en refriegas, y celadas, tomaban muchos enemigos, y aquellos ya eran dedicados á sus dioses.

Allende desta inhumanidad de que usaban con los enemigos y extraños, hacían otra, la más cruel y nunca oída que se podría imaginar, y la que pone más horror humanamente, y era esta:

Cortaban y hendían su miembro genital por entre cuero y carne, y hacían tal abertura que por ella pasaba un grueso cordel, y largo cuanto quería ó tenía sufrimiento el penitente; algunas veces era de más de treinta varas, y á

veces llegaba á cincuenta; y si alguno desmayaba con el horrible dolor y mucha sangre, decían que procedía por haberse llegado á alguna mujer; porque según parece, eran vírgenes y mancebos los que hacían sacrificio de aquellas partes.

Este entiendo que fué el más cruel tormento que tomaban con sus manos estos bárbaros.

La otra gente popular destes pueblos hacían sacrificio de la sangre que salía de sus orejas y del pico de la lengua y brazos; y los que presumían de muy católicos, comunmente traían las lenguas harpadas de las sajaduras y las orejas muy acuchilladas.

Ayunaban también estos como las otras gentes ochenta días, y algunos hacían ayunos particulares por su devoción, unos diez días y otros veinte, y así cada uno como podía y tenía la devoción.

En estos ayunos no comían más que pan, sal y agua; ésto sólo pertenecía á los sacerdotes y ministros del templo.

Al pueblo común, y á las veces á los muchachos, mandaban los sacerdotes que ayunasen á dos y á cuatro y cinco días.

Estos ayunos no eran de una manera en toda la tierra, mas cada provincia tenía su modo y

costumbre, y ceremonias, y más y menos rigor.

Estos destas provincias, después del sol á quien tenían por dios principal, y honraban con más reverencia, era una estrella; la razón porque hacian esto, era porque tenían por memorias que se habia convertido en aquella estrella su dios y señor Queçalcouatl, cuando murió, y así aquellos astrólogos que atrás quedan nombrados, tenían muy gran cuenta con esta estrella, y tan gran cuenta tenían con el dia que aparecia y cuando se escondia, que nunca erraban.

El dia que aparecia comenzaba la solemnidad con matar un hombre, porque el señor de la tierra era obligado á darlo, y después crecian los sacrificios, y á la hora que salia, cada dia le ofrecian los sacerdotes incienso, y estaba á punto para que en viéndola asomar sacasen sangre de sus cuerpos para ofrecerle.

El más costoso y general sacrificio era cuando habia eclipse del sol, porque entonces hombres y mujeres temian bravamente, y por esto hasta los niños se sacaban sangre y arrojábanla hacia adonde el sol estaba.

Tenian los mercaderes y tratantes sus fiestas, cada cual en su provincia, y aquel dia lla-

maban Miccaylhuytli, y cuando no se hallaban en sus casas, en cualquiera parte tenían por solemne el dia.

La manera de celebrar esta solemnidad era que todo lo que ganaban y ahorraban dos y tres años los gastaban en este dia; y no sólo expendian lo que tenían, pero de tal manera gastaban para hacer más solemne la fiesta, que se adeudaban de tal suerte, que en dos ó tres años no acababan de pagar sus deudas, y algunos se vendian por esclavos por no caer en falta.

Los convites que hacían para festejalla, era de muchas gallinas y perrillos, que eran muy preciados entre ellos; bebían desaforadamente de sus vinos, de manera que no era valeroso caballero el que no caía de borracho.

Compraban muchas rosas y flores y cañutos de perfumes muy olorosos; en fin, todo aquello que entre ellos era de regalo se daba allí abundantísimamente, sólo porque fuesen los convidados muy contentos y pagados.

Los que eran más ricos daban á los convidados algunas mantas, que era su traje, y compraban esclavos por grandes precios y matábanlos cruelmente, y esto era lo supremo de la fiesta.